

A veces prosa

Antes

Adolfo Castañón

ANTES I

No sé llevar bien las cuentas. Algo falla. No sé, por ejemplo, cuántos son 43... o cuántos eran dos mil. Antes éramos tan ricos que los muertos se contaban por miles... Se me hace difícil sumar el # de los que el periódico da por muertos cada día #... No sé cuántos ejemplares imprime el periódico #. No sé cuántos periódicos hay en México. Todos parecen decir el mismo #. No sé tampoco ni quisiera saberlo quién los paga. A veces pienso que son el mismo periódico. Que todos los días les cambian la fecha, pero que es el mismo con las mismas faltas de ortografía, con la misma rota o amanerada sintaxis. Que son los mismos muertos, las mismas muertas. (Éramos tan felices cuando las usábamos como título de novela). No lo sé, no lo creo. Antes el agua no costaba ni había guerras por el oro azul. El pan no sabía a trapo. No había gusanos en la basura. Las casas no se de-

rrumbaban a la primera lluvia. Las calles no se inundaban a la primera granizada. La lluvia no era ácida. No había necesidad de hacer planes de desastre para el país o la familia o la humanidad. Los hijos no tenían que irse a otros países. Sólo había desastres, pero no nos preguntábamos quién estaba ganando con ellos. Poco importa el color o la forma de los ojos de ese quién... Me imagino que a él o a ellos sí les salen las cuentas...

ANTES II

Me hace falta México, el México de antes (¿no será una redundancia?, ¿no es la maldición de México que siempre es el de antes?) cuando veía sin vértigo las corridas de toros y comía con arrojo tacos de cabeza en tendajones improbables e insomnes, el de los charcos en que caía la Piedra de Sol sin ensuciarse. Me hacen falta

las tardes jugando al trompo a la orilla del camino. Extraño la bendita mosca de tu escritura novia y al travieso mosquito que no sabía a dengue. Lloro por el polvo perdido y por las fiestas incendiadas por chorros de bengala mientras en la esquina se desangraba el aguamiel; todos lloran por los desaparecidos, pocos se acuerdan de los que no desaparecieron y siguen ahí dando y tomando clases bajo la lluvia cruda y el calcinado sol entre la basura y la desesperación. Me hace falta el antes.

ANTES III

La abuela me contaba que las indias pregonaban: “Chichicuilotitos vivos...” recién traídos del lago, para cocinarlos enlodados. A mi padre le tocaron los gritos alargados de “Botella, fierro viejo que vendan...”. Por nuestras calles, en cambio, resuena el mismo anuncio pelado por una voz gritona que ha sido grabada: “Se compran refrigeradores...”, para que los choferes sordos y tartamudos no tengan que desgañitarse o la misma ininteligible grabación vendedora de tamales (esas voces fabricadas también se pueden comprar en un mercado). Me alegra, aunque no compre nada, el silbato del vendedor que pasa con su vaporera ambulante como un dios en el destierro vendiendo camotes y plátanos. Aunque no tenga nada que tirar, la campana que trae el carro de la basura me suena a viático y reverencia. ¿Qué recordarán los nietos cuando ya todo esté pavimentado?

*Yo me quedo callado:
¿de quién podría hablar?*

OCTAVIO PAZ, “Intermitencias del oeste (2)
(Canción mexicana)”,
Ladera este (1968) **U**



© Alberto Soloviev